

concupiscencias que nos inclinan á hacer el mal y á aborrecer lo que deberíamos amar con el mayor fervor. Es porque en lugar de someter nuestra voluntad á la voluntad de Dios y resolvernos desde la juventud á llevar el yugo de su ley, queremos que Dios acomode su voluntad á nuestros antojos. Es porque léjos de querer agradar á Dios, apetece y buscamos agradar al mundo y á nuestros depravados deseos. No lograremos así vencer los peligros y dificultades que se nos presenten en el camino de la salvacion. Salgamos de nuestro error, retrocedamos de nuestros extravíos, y si en las vicisitudes y diversos estados de nuestra vida queremos caminar con rectitud y á paso firme sin temor á los enemigos de nuestra salvacion, pongamos todo nuestro cuidado en estudiar la ley de Dios y cumplirla siempre, en no omitir medio alguno que contribuya á ayudarnos en esta empresa; imploremos los auxilios y proteccion de san Ildefonso, gobernémonos por su ejemplo proponiéndonos á este glorioso santo por nuestro ejemplar y por nuestro intercesor.

¡Glorioso santo, honor y lustre de nuestra patria, luz brillante de nuestra iglesia, consuelo en nuestras tribulaciones! El celo y solicitud pastoral y el ansia de que todos cumpliesen la ley del Señor que os animó en este mundo, no se os ha concluído ni entibiado en el cielo. Interceded por nosotros para que llenándonos del espíritu de la ley del Señor, la amemos con todo corazón, no separemos de ella nuestros pasos, y lleguemos al fin á gozar con vos el descanso de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN INDALECIO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Adauge nobis fidem.

Auméntanos la fe.

S. Lucas, c. 17. v. 5.

Mas de seis mil años hace que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo: pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazón humano? Baste el ejemplo de Salomón para nuestro desengaño. Este rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos; sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y deleites estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar que todo cuanto habia hallado en la tierra no era mas que vanidad y afliccion de espíritu. El mismo Apóstol nos dice, para que no nos dejemos deslumbrar de la falsa brillantez con que nos ilusiona el mundo: *¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzais? Todo lo que se coge del pecado, que es la muerte eterna. Mas ahora que estais libres de la culpa y habeis sido hechos siervos de Dios, teneis por recompensa de esta dichosa esclavitud la santificacion, y por fin la vida eterna* (1). Es pues un error el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazón. No, no es en la tierra: es en el cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir mire á lo alto, dice san

(1) *Ad roman. c. 8. v. 21 et 22.*

Pablo; de otro modo, siempre será cierto que el que siembra en corrupcion, en corrupcion cogerá. Sembremos en la inmortalidad, para que la inmortalidad dichosa y feliz sea nuestra cosecha, y demos por felizmente concluído el negocio de nuestra felicidad. En esto consiste la ciencia de la salvacion que enseñó á los españoles el glorioso san Indalecio, escogido en los decretos eternos para hacer feliz á la nacion católica con las doctrinas de la cruz que predicó á nuestros progenitores.

Sí, señores : san Indalecio fué uno de los varones apostólicos que vino á España con poderes del cielo para hacernos racionales, virtuosos y santos en esta vida, y conducirnos á la gloria. Este santo nos trajo aquella fe viva que nos une con Jesucristo; aquella fe sin la que nuestras almas son como los sarmientos separados de la vid, que solo sirven para el fuego; aquella fe que venció al mundo disipando sus errores, desterrando sus vicios y corrigiendo sus costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes y tan eficaz en milagros : aquella fe que dió á la iglesia cerca de veinte millones de mártires, que pobló los desiertos de penitentes solitarios, que produce infinita multitud de vírgenes y llena de bienes á los mortales que la reciben en las aguas saludables del bautismo. San Indalecio fué del número de aquellos enviados del Señor que entraron en nuestra nacion venturosa, diciendo á nuestros padres : Vuestra felicidad consiste en vivir como buenos cristianos, segun las máximas y doctrinas del Evangelio que os predicamos : en amar y servir á Dios en esta vida para poseerle y gozarle eternamente en la gloria. ¡Qué acontecimiento este tan prodigioso y tan fecundo en dichosas consecuencias! Á él debemos la dignidad incomprendible de ser hijos de Dios, herederos de su reino y hermanos de Jesucristo. Por san Indalecio somos cristianos, es decir, *nobles, dichosos y felices*, como los que decian á Jesus : Señor, aumentanos la fe. *Adauge nobis fidem*. Así os lo haré ver en este breve rato.

Reina y señora de todo lo criado : á que la semilla sembrada en nuestro campo por san Indalecio rinda copiosos frutos al gran Padre de familias, se dirige todo lo que voy á predicar á mis oyentes. Vos fuisteis la maestra y doctora del santo que arrebata nuestra devocion en este dia, y debe seros grata su alabanza. Con ella está enlazada la de nuestra santa y adorable religion á que jamas negais vuestra proteccion omnipotente. Nos-

otros os la pedimos diciéndoos alegres y festivos, que sois la dichosa criatura á quien dijo el ángel del Señor : *Ave Maria*.

Adauge nobis fidem.

Que haga el mundo pomposa ostentacion de sus leyes, de sus máximas, de sus prácticas, usos y costumbres : que las preconicen con artificiosa elocuencia sus parciales : que viertan himnos de placer y salten de gozo los que se creen felices entre las inmundicias de un cinismo degradante : que griten en fin y nos atruenen con sus voces tumultuosas los que se escandalizan de la cruz y huyen de las mortificaciones y penitencias que inspira : que por eso la verdad no deja de ser verdad, ni la mentira deja de ser mentira. Por mas que los mundanos apelen á sus engañosas exterioridades, á sus afectadas simulaciones, á sus risueños encuentros y á sus aparentes alegrías : porque ridiculicen y hagan chacota de los que con espíritu de devocion y retiro se ocupan en pedir gracias al cielo macerando su carne y reduciendo su cuerpo á servidumbre : porque los hijos del siglo se alegren, se diviertan y se rian; y los fieles lloren y se entristezcan, ¿no será eternamente cierto, que en el mundo todo es postizo, falso y aparente : que sus mismos panegiristas lo condenan en su corazon, y que no hay quien no conozca que en la hora de la muerte todo huye, todo se apaga, todo desaparece y todo se evapora, dejando no obstante escrita la sentencia de condenacion en las almas de los insensatos que tuvieron por cierto y verdadero lo que no lo era? Cierto, ciertísimo, aun mas que el que estamos nosotros en esta iglesia, lo es, el que la muerte viene avanzando hácia nosotros con la órden de hacernos entender, que solo son felices los que creen, esperan y aman á Dios, segun las máximas y doctrinas del Evangelio. Entónces los mundanos confesarán que se engañaron en su eleccion, rabiarán y se desesperarán; pero los cristianos verdaderos oirán llenos de un gozo celestial los ecos de estas verdades eternas : bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos : bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados : bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa. ¡Qué infierno

para los unos, y qué gloria para los otros! ¡Qué desdicha, y qué felicidad!

Á librarnos de la primera y á facilitarnos la segunda se dirigió el celo apostólico con que san Indalecio predicó en nuestro reino la santa y adorable religion que profesamos los españoles. El haciéndonos cristianos nos elevó á una dignidad ante la que nada valen los títulos de nobleza, los nombres augustos, los dictados honoríficos y todas las glorias de la tierra. Porque, señores, al que no siendo cristiano se muere y se condena, ¿de qué le sirven el nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos, y las demas cosas que aprecian los mundanos? ¿Qué ha sido de los famosos Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos? Revolved sus cenizas: buscad entre ellas alguna distincion... Pero no la encontraréis, porque no la hay mas que entre los que murieron en el Señor; en los justos cuya memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos; en aquellos cuyas buenas obras les siguen hasta mas allá de la tumba, como lo dice el ángel de Patmos. Los que no tienen la dicha de morir como buenos cristianos, segun las instrucciones del glorioso san Indalecio, desaparecerán con ignominia de la vista de los hombres; será execrable su memoria; se borrarán sus nombres del libro de la vida, y no se escribirán con los de los justos, aunque hayan sido los príncipes mas poderosos del mundo, los hombres mas afortunados de la tierra. Solo el nombre de cristiano es el que da honor y gloria en esta y en la otra vida. Así lo asegura nuestro divino Redentor cuando dice: — *Esta es la vida eterna: que te conozcan á ti solo, Dios verdadero, Padre mio, y á Jesucristo á quien enviaste* (1). Ved aquí la fe de los cristianos, su religion, su dicha y felicidad. Conocer, amar y servir al Dios verdadero y á su Hijo Jesucristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, segun el Apóstol: esta es la dicha de los hombres formados en la escuela del Evangelio que anunció san Indalecio á los españoles: ella es la que puede abrirnos la puerta de la felicidad que desea nuestro corazon y ofrece Jesucristo á los que le aman cumpliendo con los preceptos de su ley santa. Si los ángeles os predicasen otra cosa, no deberiais creerlos,

(1) Joan. c. 17. v. 3.

dice san Pablo. Nosotros por el bautismo gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios; adquirimos derecho á la herencia eterna; somos el pueblo de Dios, hermanos de Jesucristo con quien formamos el cuerpo místico de la iglesia, de quien él es la cabeza y nosotros los miembros. Comprended despues de esto, si os es posible, la dicha de un cristiano, el valor y mérito del varon apostólico que Dios envió á nuestra venturosa España para hacernos cristianos, y enseñarnos la senda recta que conduce al cielo. Dejaos conducir por un sano juicio, por una razon ilustrada con las luces de la fe, por los instintos de un sentido religioso, y vereis las ventajas que trae al hombre el augusto título de cristiano.

Representaos los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de nuestro señor Jesucristo; el inmenso precio y valor de los santos sacramentos; el poder y eficacia de la gracia; la inestimable utilidad de la comunión de los santos; la excelencia de nuestra santa y adorable religion, y la felicidad eterna á que nos conducen; y advertid que por el solo hecho de ser cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, somos arrastrados suave y dulcemente por el camino de las virtudes hácia la mansion de la felicidad eterna, en que son tan inmensos, tan supereminentes y magníficos los bienes que Dios tiene preparados para sus escogidos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazon del hombre puede caber la comprension de su excelencia, como lo dice el Apóstol. Ah! El buen cristiano vive de la fe, y esta le hace ver á Jesucristo prometiendo magníficas recompensas á los que le sirven. Ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada y eterna en la otra. Aun no basta esto para concebir la dicha que los cristianos tendrán en la gloria. No hay cosas en el mundo que puedan hacernos comprender los bienes de que gozan los santos en el cielo; pero abundan las que nos hacen conocer los males de que están exentos. Dolores, tristezas, enfermedades, miedo, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está desterrado de aquella feliz mansion del gozo eterno. Reina en la celestial Jerusalem una alegría pura, completa é inalterable: allí el corazon está lleno, el alma satisfecha. En el cielo están los cristianos inundados en un océano de delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la misma fuente de todos ellos, es la posesion del

mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad que aun mirada á lo léjos sorprende, asombra, admira y hace felices á los justos que la contemplan. Las almas de los cristianos bienaventurados entran, se engolfan, se sumergen, se anegan y se pierden, por decirlo así, en la alegría del Señor, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios. ¡Oh Dios de san Indalecio! Si un consuelo interior, ó un favor vuestro causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas: si la sola sombra de vuestra gloria quita la amargura á los mayores trabajos, hace lijeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires sientan verdadero gusto y placer en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, en donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer felices á los cristianos que le amaron y sirvieron en esta vida? Aquella vista clara, distinta é íntima de un Dios padre, de un Dios amigo, de un Dios hermano y compañero... Aquella seguridad de ser eternamente felices... Gran Dios: ¿qué cosa tan dulce es poseeros sin temor de perderos jamas! ¡Qué recuerdo este tan suave! ¡Qué pensamiento tan delicioso! Tengo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha: estoy lleno de gozo puro y perfecto, y este gozo jamas ha de tener fin: yo me he salvado, soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto, señores, esto es lo que ahora piensa san Indalecio con aquel infinito número de santos que dió al cielo la santa y adorable religion que predicó á los españoles. ¿Y será posible que pudiendo decir nosotros todo esto, que pudiendo gustarlo y poseerlo no hagamos en el mundo todo lo que nos enseñó este maestro de la doctrina cristiana, para acompañarle en los torrentes de gloria en que se ve ahora deliciosamente engolfado? Dios mio, vuestra gracia imploramos: vuestra gracia, divino Jesus, porque con ella, desde este momento vamos á principiar á quitar estorbos, á crucificar nuestras pasiones, á emprender una vida cristiana, á no pensar, querer, ni amar mas que á Jesucristo crucificado.

Sí, amados míos: demos crédito al Evangelio de Jesus predicado en nuestra España por san Indalecio, y caminemos sin detenernos hácia el cielo. Allí está nuestra felicidad, allí nuestra dicha, allí la posesion de nuestro Dios. ¿Qué es lo que se nos pide para conseguir bienes tan inmensos? Nada mas que dos momentos de mortificacion y penitencia; una vida lijera

como un abrir y cerrar de ojos, pasada en la virtud, entretenida en amar á Dios y al prójimo, y ocupada en pensar en aquella dichosa eternidad que hace dulce aquí en la tierra hasta la misma amargura, que disipa los enfados, calma las inquietudes y tranquiliza el corazon mas agitado. Se nos pide que seamos felices con la virtud en la tierra, para que lo seamos eternamente en el cielo con la gloria. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos: hacer bien á todo el mundo, y mal á nadie: vivir pia, justa y sobriamente, como lo encarga el Apóstol, y poner la vista en la felicidad eterna que nos ha prometido nuestro benigno Salvador, ¿no son las cosas mas conformes á la razon y buen sentido de los hombres cuerdos, sensatos y juiciosos? Pues en ellas consiste toda la religion que trajo Jesucristo del cielo para hacernos dichosos con su gracia en esta vida, y eternamente felices con la posesion del bien sumo en la mansion de los gozos eternos. Así nos lo ha predicado san Indalecio, á quien se deben en nuestra nacion las primeras nociones del cristianismo que abrazaron nuestros padres, con resuelto propósito de trasmitirlo á sus hijos, por saber que con él nos venian juntamente todos los bienes; por haber vivido y muerto convencidos de que siendo cristianos, somos tan nobles, dichosos y felices como los que, para no dejar de serlo, suplicaban y decian á Jesus: Señor, aumentanos la fe. *Adauge nobis fidem.*

Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorca, de Cartagena y pueblos de la antigua Bética ó Andalucía, depositarios de la tradicion mas autorizada, y ellos os enterarán de los frutos que aquellos terrenos rindieron al Labrador divino, despues que san Indalecio sembró en ellos la semilla del Evangelio. Ellos os dirán lo que este celoso operario del gran Padre de familias hizo para desengañar á los infieles de los errores de la idolatría, para convencerlos de la sabiduría de la cruz, aficionarles á Jesus crucificado y demostrarles, que en él y por él podian asegurar la felicidad que todos deseaban y nadie habia podido encontrar. Allí es en donde principalmente manifestó el infatigable y siempre activo san Indalecio la caridad acendrada en que ardia su corazon, la excelencia y grandeza de un primer obispo, adornado de todas las gracias y dones que derramó el Espíritu santo en las almas de aquéllos varones apostólicos á quienes se encargó la conquista de todo el mundo con

las armas de la cruz, con la sublime sencillez del Evangelio, con las virtudes propias de un buen cristiano destinado para ser eternamente ciudadano de la corte celestial. Allí suministrando á los convertidos los auxilios necesarios para perseverar en la gracia recibida, y conservar el sagrado depósito de la fe que habia predicado : enseñando el modo de celebrar los oficios y divinos sacrificios, para tributar á Dios un culto digno y agradable á la Divinidad, y dedicándose total y exclusivamente á elevar á los españoles á la altísima é incomprensible dignidad de verdaderos cristianos, fué en donde san Indalecio demostró su origen y procedencia del colegio apostólico, su virtud y mérito de un enviado del Señor, el grande espíritu de los que revestidos con la virtud del Altísimo admiraron al mundo con sus perfecciones evangélicas, y el poder de obrar milagros estupendos. En fin habiendo dicho Jesus que el modo mas demostrativo de manifestar lo que se ama á los amigos, es el de dar la vida por ellos, y decretado que la sangre de los mártires fuese un semillero fecundísimo de cristianos, permitió que el cruel Neron se manifestase tan hostil á los hijos de la Iglesia, que puso en ejercicio todo el poder del imperio romano y del infierno para eliminar de la tierra el nombre de cristiano, y acabar con los adoradores de Jesus en toda la tierra. Los paganos pues, ofendidos de las muchas conquistas que hacia san Indalecio para Jesucristo, se apoderaron de su persona, le atormentaron cruelísimamente, derramaron á torrentes su preciosa sangre, y ella está todavía produciendo virtudes cristianas, haciendo dichosos y felices á los españoles, dando al cielo almas dichosísimas ocupadas en alabar, bendecir y glorificar al que las potestades angélicas saludan con el nombre misterioso de tres veces santo. Murió san Indalecio con la muerte de los apóstoles; pero dejando asegurados á los cristianos entre las influencias prodigiosas de su sangre, y las que desde el cielo descienden sobre los fieles que peregrinan en la tierra. Mientras vivió no perdonó trabajo, fatiga ni incomodidad, por penosa que ella fuese, para anunciarnos el reino de los cielos y revestirnos con la dignidad de hijos de Dios haciéndonos cristianos : dió generosamente su vida por Jesucristo por corresponder á la gracia de Dios y enseñarnos con el ejemplo el camino que conduce á la felicidad eterna, desde donde nos llama deseoso de que seamos tan dichosos y felices como él lo es, en el inmenso océano de

delicias en que le tiene la bondad del Dios á quien sirvió. Hizo en favor nuestro todo lo que pudo hacer un varon apostólico dedicado á cumplir con la santísima voluntad de Dios, y ó somos los mas ingratos del mundo y los mas enemigos de nuestras almas, ó debemos mostrarnos agradecidos á este glorioso santo siendo accesibles á las doctrinas que nos predicó mientras vivió, que sigue predicando con su sangre derramada en nuestro suelo fecundizado con su virtud, y con las inspiraciones con que desde el cielo llama, grita y vocea á nuestras almas para que jamas dejemos de ser cristianos, para que en nuestros conflictos, apuros y necesidades recurramos siempre á Jesus y le digamos como los apóstoles : Señor, auméntanos la fe. *Adauge nobis fidem.*

No tenemos ya que afanarnos para buscar la felicidad en donde no se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra : nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella : ha puesto en nuestras manos todo el poder del cielo haciéndonos cristianos, y con este glorioso título ya somos en la tierra la *gente santa*, el *real sacerdocio*, y el *pueblo de adquisicion* de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fe viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos, y muy especialmente con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, é impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así tengamos presente : que no tenemos en este mundo mansion que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y afliccion de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sabio, á ser en una palabra buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Echemos, como él, una ojeada hácia el cielo, y si tenemos fe, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillantísima, nos animará, nos fortalecerá, nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo

cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la via, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalem de la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA INES VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Dios ha escogido á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes.

I. Corint. c. 1. v. 27.

¡Cuán diferentes son las obras de Dios de las obras de los hombres! Limitados estos en sus ideas, menguados en su prevision, impotentes para llevar á cabo designios grandes y duraderos, solo producen efectos que si bien al pronto deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasando despues cual meteoros ó fuegos fatuos, ni dejan rastro de su existencia. La accion irresistible del tiempo todo lo consume: nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formara. Dios por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras de eterna duracion que sobreviven á todos los acontecimientos del tiempo, que resisten á la accion de la muerte y existen mas aun que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La iglesia es acaso el monumento mas auténtico de la grandeza y poder de este Dios; y los medios de que se sirviera para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo mas portentoso de su sabiduría. No bien su autor inefable zanjara los fundamentos de este edificio imperecedero sobre la roca destinada á sostenerle, cuando mil proyectos se formaron para su exterminio. Los sabios apurando todo el caudal de su ciencia carnal y terrestre, intentaron des-